EL REGENERADOR.

NUMERO 10.º

POR JUAN MONTALVO

EL REGENERADOR.

POR JUAN MONTALVO. NUMERO 10.°

Quito, lunes 28 de enero de 1878.

Sermon del padre Juna predicado en la basílica de San Juan Mártir.

Hallándose en Roma el autor de estos opúsculos avino un caso singular que dió en que se ocupe la ciudad eterna por mas de quince dias. Y fué que un viérnes debia haber sermon en la basílica de San Juan Mártir; sermon anunciado de antemano, con el aliciente de ser nuevo, desconocido y misterioso el orador. Decian unos que era el tal un fraile extranjero de mucho nombre que andaba viajando incógnito: el padre Jacinto, el padre Félix ó alguno de los oradores sagrados de mas fama en Europa. Otros pensaban que habia venido exprofeso un clérigo toscano que estaba dando golpe en Italia; y otros querian sostener que era un prodigio brotado del huevo del ruiseñor, como Tenorini, que se habia aparecido de repente por los huertos de Sorrento y Castellamare. La iglesia estaba llena de gente principal; la flor y nata de la ciudad eterna estaba allí, junto con ilustres viajeros y potentados de otras naciones. La reina Cristina, madre de doña Isabel segunda; la princesa Borghese; su eminencia el cardenal Bonaparte, su eminencia el cardenal Antonelli; el general de Goyon, comandante de las tropas francesas que entonces ocupaban á Roma en via de proteccion al papa; el Gran Duque de Báden; la célebre trágica Ristori, y otros personages de los que suelen acudir á la capital del mundo católico en ciertas épocas del año. Salió del presbiterio el predicador y subió al púlpito en medio de un profundo silencio. Era un fraile de la órden del seráfico padre; fraile altí-

simo, calada la capilla, la barba pegada al pecho, el andar lento y majestuoso. De pié se estuvo un cuarto de hora sin descubrirse ni decir palabra, cabizbajo, inmóvil como una estatua sobre una tumba. Diez mil ojos estaban en ese instante sobre el hermoso fantasma, y cinco mil almas colgadas de ese amenazante silencio. El mas desconocido de los circunstantes, de hombro contra una columna de mármol, tenia fijo el espíritu en ese fraile, que antes de hablar ya era sublime; y le oyó con tal amor, que su oracion se le quedó grabada punto por punto en el pecho y la memoria.

Surge, et invoca Deum tuum. Hermanos mios, dijo al fin, echando la capilla á la espalda y sacando los brazos; hermanos mios, el asunto de que voy á tratar es el mas vasto, fecundo, tierno y respetable de cuantos se pueden ofrecer á la palabra. Amor de Dios es afeccion compuesta de todas las afecciones puras, amor de Dios es conjunto de virtudes y bellezas que por sí solo compone el mundo invisible que en armonioso mutismo está girando en la órbita de los espíritus celestiales .En noche despejada, cuando los astros resplandecen en el firmamento, y las estrellas pestañean y se mueven como ángeles recien nacidos, y la atmósfera transparente da paso á la vista hasta las nebulosas, y la naturaleza está recogida, y el mundo duerme arrullado por la música que proviene de los mil silencios del cielo y de la tierra, una criatura humana se halla embebecida en la obra del Todopoderoso, contemplando el universo sin que nadie le vea. Los vuelos de su pensamiento hácia la altura infinita, las sensaciones de su corazon, la maravilla de que se siente poseido, la fruicion inefable que conmueve santamente su alma, todo es amor, amor de Dios. Poesía es un vehemente amor de Dios. Los antiguos simbolizaron las pasiones en esos genios ó deidades que llamaron Musas: el númen ó inspirador supremo es el amor, amor de Dios. Porque amor de Dios es amor á la verdad, amor á la virtud, amor al prójimo, amor á la naturaleza. El reinado del amor no tiene fin. *Et regni ejus non erit finis.*

Un hombre viene por allí á paso lento, majestuoso en porte y ademan. Se pára, no se mueve, es un dios de mármol de los que adornan los pórticos de Atenas. Sobre ese hombre ha bajado el espíritu divino, su corazon está inundado por el amor: es el santo gentil á quien, como despues á Paulo, sale Dios al camino y le asalta, y le roba para la gloria. Paulo, dije, hermanos mios, el pagano que se iba para Damasco á cumplir sus propósitos contra los adoradores de Cristo, y allí se queda á media jornada, deslumbrado por la luz eterna, herido por el amor, amor de Dios. *Factum est cor eum tanquam cera liquescens*. El amor de Dios convierte el fierro en oro, el pedernal en diamante, el hielo en fuego. El amor de Dios desciende sobre los escogidos, y de gentiles hace cristianos, de perversos santos, de esbirros mártires. El amor de Dios purifica las entrañas, cura las llagas del pecho, y concilia una tal sensacion de bienestar, que es como una vaga sospecha de la bienaventuranza infinita. El amor de Dios enciende, consume, anonada. Ved esa mujer puesta de rodillas, las manos en el pecho, la frente arriba, los ojos clavados en el cielo. No hay vida en ella: sus miembros han perdido el movimiento, sus carnes la sensibilidad: ni ve con la vista, ni oye con el oido: esa mujer está encendida en el amor de Dios, consumida, anonadada por él: es Teresa de Jesus en éxtasis, esto es en arrebatos de amor, amor de Dios. Está velando y orando para la eternidad. *Vigilate et orate*.

Las virtudes son todas hijas del amor de Dios; y este amor comunica fuerzas superiores á la naturaleza humana. Y sino decidme ¿cómo pudiera San Cárlos Borromeo andarse dia y noche por las calles de Milan, entrando á todas las casas, alzando á todos los enfermos, sirviendo y socorriendo á todos los necesitados, sin desfallecer jamas y sin temor en medio de la peste que devora al pueblo? El santo obispo se echa á la espalda un saco lleno de vestidos, medicamentos, comestibles, y á paso firme sale á cumplir con su encargo. Este encargo lo ha recibido del cielo, y es visitar á los enfermos, dar de comer á los que han hambre, de beber á los que han sed, vestir á los desnudos y consolar á los afligidos. El amor de Dios le sirve de alas: vuela de un extremo á otro de

la ciudad. El amor de Dios es esencia salutífera: los malos olores, las pestilencias de los desgraciados no le ofenden. El amor de Dios es antídoto: el cólera no le toca. El amor de Dios es máquina de armonía: los ayes, los alaridos de los espirantes no le horripilan. El amor de Dios es fuerza: el santo obispo alza él sólo un moribundo, del patio donde ha caido lo transporta al lecho que allí le prepara él mismo; levanta un cuerpo muerto, y lo pone en la carreta que está pasando al cementerio. El amor de Dios es pan: el santo obispo no come veinte y cuatro horas, y no siente necesidad. El amor de Dios es agua pura: el santo obispo no bebe, y tiene frescas las entrañas, jugosa la garganta. La caridad, hermanos mios, esta virtud humilde, silenciosa, desconocida es un aspecto del amor de Dios. Pues habeis de saber que el amor de Dios es un prisma de muchas caras que da reflejos variados y produce colores que iluminan el espíritu de los que saben ponerlo al viso. Cuando movidos por él visitamos á los enfermos, vestimos á los desnudos, consolamos á los tristes, el amor de Dios se llama caridad. Cuando sufrimos injurias y perdonamos agravios, se llama paciencia, mansedumbre. Cuando sofrenamos las pasiones y las tenemos encadenadas á nuestros piés, se llama fortaleza. Cuando ponemos medida á nuestros apetitos y deseos, se llama templanza. Todas nuestras afecciones, bien dirigidas, puestas en movimiento con fines laudables, encierran el amor de Dios. La inclinacion del juez recto á la justicia, la pasion del filósofo por la verdad, las conexiones invisibles del poeta con la hermosura, el bello ideal del mundo, todo es amor de Dios; y este amor tanta cabida tiene en pechos de reyes y emperadores, como en el de rústicos y gañanes. El monarca que ama á su pueblo y le rige segun las leyes de la razon, ama á Dios. El pastor que cuida la ovejita recien nacida, ama á Dios. El amor de Dios es luz: donde él falta, las tinieblas fundan su imperio. Odio, venganza, mentira, envidia, incredulidad insensata, ira feroz, soberbia son negros personajes de ese reino profundo, negro donde no penetra el amor de Dios.

Oh tú que disimulas agravios, perdonas insultos, sufres y callas por mansedumbre, por bondad, tú amas á

Dios.

Oh tú que no miras con desden al pobre, alargas la mano al caído, socorres al necesitado, tú amas á Dios.

Oh tú que no le hieres en su buena fama al prójimo, no urdes quimeras, no levantas falsos testimonios, tú amas á Dios.

Oh tú que honras á tus padres, velas por tus hijos, respetas á tus semejantes, tú amas á Dios.

Oh tú que no quitas la vida á tu hermano ni con cuchillo ni con lengua; que no le arrebatas sus haberes ni le promueves litigios inicuos, tú amas á Dios.

Oh tú que no profanas la inocencia con miradas y pensamientos infernales, no codicias la mujer de tu vecino, repeles á esa furia de ojos encendidos que te asalta por la noche, tú amas á Dios.

Oh tú que no propagas nociones perniciosas, no inculcas en el pueblo doctrinas subversivas, no le ensoberbeces ni le exaltas contra las demas clases sociales, tú amas á Dios. Hombre manso, modesto, diligente que hablas la verdad y gustas del trabajo, tú amas á Dios.

Qué estoy viendo por allí? exclamó el predicador variando el tono, en voz casi estridente. Unos labios se han abierto, y de ellos ha salido el santo nombre de Dios en vano. Ese no le ama. Unos ojos se han dirigido adonde no debieran; unos oidos se han pegado á una puerta, han oido y han corrido á hacer denuncio. Ese no le ama. Un corazon se ha hinchado de cólera, ha rugido de venganza; una lengua ha jurado perder á un hombre, beber sangre. Ese no le ama. Unas manos se han alargado sobre los bienes ajenos, han apañado y han desaparecido. Ese no le ama. Un hombre ha bebido hiel y emponzoñado sus entrañas con la mortal sustancia de la envidia. Ese no le ama.

Tirano! gritó de repente el fraile en voz furibunda que causó extremecimiento en el auditorio; tú, con tu soberbia insensata, tu corazon empedernido, tu lengua envenenada, tus uñas largas, tus ojos inyectados en sangre, tu alma llena de lacras y costurones, tus palabras envueltas en mentiras, tú, dices que amas á Dios? Y en esto se quedó el predicador mirando al concurso con unos ojos, una cara, una inclinacion del cuerpo, una posi-

cion de los brazos, que eran sin duda las de Isaías apostrofando y amenazando al pueblo. Rodeados de sus cómplices, tornó á decir, se beben los tiranos las iniquidades como el agua. *Bibunt iniquitatem quasi aquam.*

Impostor! dijo, tú que perviertes y desfiguras la verdad, vuelves negro lo blanco, disparas tus saetas y hieres en corazones puros; que difamas y perjudicas á tus semejantes, reniegas de la virtud y quemas incienso en aras del demonio, tú dices que amas á Dios? La lengua de un vil adulador es muchas veces mas sanguinaria que la mano del verdugo, dice nuestro padre San Agustin. *Plus persequitur lingua adulatoris quam manus interfectoris.*

Ebrio consuetudinario! que te echas furioso sobre la imágen del Criador, y le arañas y lastimas las facciones; que te sales de la razon y corres enloquecido por breñas y malezas; que te arrebatas y pones las manos en tu padre; que echas escorpiones por la boca y ofendes á tu propia esposa; que muestras medio desnudas las macilentas carnes; que miras con ojos desviados y nublados; que vacilas sobre tus plantas y vas causando risa en el vulgo; que encharcas las entrañas con licores incendiarios, y ardes en el fuego corruptor de los vicios mas terreros; que blasfemas y amenazas á los hombres; tú dices que amas á Dios?

Adúltera! ah... Yo veo una mujer que huye por ahí. Adónde corres, infelice? pára, deténte! Voy tras ti, te alcanzo, te echo mano... Conque el lecho nupcial, el lugar sagrado de la casa, el altar de la familia... Indigna! perversa! Alza los ojos, mírame! Y tu esposo, el compañero que recibiste del Altísimo, ese hombre crédulo y bueno está matándose por darte de comer, por vestirte como á reina. El sudor del trabajo, santo sudor, corre por su frente. Tiene el pecho fatigado, el brazo rendido. Sus afecciones todas tiran á un centro, y ese eres tú; sus deseos todos se cifran en uno, y es el de agradarte. Compareció contigo en el templo, ante el ministro de la Iglesia: él juró, juraste tú: cómo has cumplido tu juramento? Piensas que con huir huyes de Dios? piensas que con negar le engañas? piensas que con callar le satisfaces? No amas á tu marido, no amas á tus

hijos, y dices que amas á Dios? Responde! no respondes. *Illa autem tacebat, et nihil respondit.* No amas á Dios, no le amas. Y si no le amas, ¿qué será de ti, traidora? No amar á Dios es no tener fé. No amar á Dios, es no decir verdad. No amar á Dios, es no ser honesta. No amar á Dios es mirar con vilipendio la virtud. No amar á Dios es no cumplir con tus deberes. No amar á Dios, es no confesarle. No amar á Dios es ser pecadora incorregible, condenada en los juicios del Eterno!

Calló un instante el padre, y en acento lúgubre, prosiguió: Mira, de noche, tarde de la noche un espectro se presenta, y te pones á dar diente con diente. Viene desnudo, las costillas al aire, crugiéndole los huesos. Su cabeza no tiene pelo, su cara no tiene mejillas: los ojos se le han ido, y en su lugar están dos oscuros agujeros: la nariz es un hosesillo miserable, la boca una espantosa abertura: los brazos largos y secos: las piernas se le mueven desgonzadas: trae una flecha en la mano, y viene á caballo. Cerrada está tu puerta, y ha entrado; oscuro está tu cuarto, y le estás viendo. Es la muerte, desdichada!

Un grito agudísimo sonó tras mí. Volví la cabeza, y ví una señora que caia de espaldas. "Santísima Vírgen! exclamaron dos mujeres echándose sobre ella: señora condesa! señora condesa!" La condesa estaba arrojando una espuma verdosa por los labios; un estertor de agonía le estaba hirviendo en la garganta. Luego perdió hasta la respiracion; una lividez horrorosa se difundió por sus facciones, y quedó muda en brazos de sus siervas. El predicador habia callado. Echando de ver su golpe mortal, cortó el sermon, se caló la capilla, bajó del púlpito y desapareció. No á mucho de esto, un periódico de Nápoles nos puso al corriente de su paradero: "El juéves, decia, predicará en San Javier el reverendo padre Juna acerca de las vanidades del mundo. Roma está palpitando áun á la palabra de este insigne orador .&. &." La misma tarde un diario de la ciudad eterna daba esta noticia: "Hoy á las cinco de la mañana falleció la señora condesa Fedelina Mardinoff, noble dama rusa que andaba viajando por Italia. No ha podido recobrarse de la accesion que sufrió en San Juan Mártir,

y ha muerto ejemplarmente en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia."

De la pena de muerte, con una digresion.

No es nuestro ánimo tocar ahora de propósito esta materia de derecho público; queremos solamente hacer ver en pocas palabras que no hemos caido en contradiccion, como pretenden algunos lectores, no por falta de inteligencia, sino por este prurrito de hacer la guerra que á todos nos anima. "Se contradice, respondió una señora, habiéndosele preguntado acerca de "El Regenerador". En "El consejo de guerra" combate la pena de muerte; aquí la admite, y áun la aconseja". *Distinguo*: pena de muerte por delitos políticos, *nego;* pena de muerte por delitos comunes, concedo. Cuando consentimos en que los cuelguen, previa sentencia judicial, á esos zánganos bribones que buscan el sebo de sus vicios en rio revuelto, hablamos de los malhechores que ponen la revolucion al servicio del crímen, y con achaque de conspirar se abalanzan á cometer toda clase de acciones reprobadas. Así nosotros castigariamos con la horca en los conspiradores, no la conspiracion, sino la violencia, el latrocinio, el asesinato y mas proezas que los héroes de los bochinches suelen poner por obra en tanto que dan la ley desórden y libertinaje. A un desgraciado que en un arranque de celos, de ira, de venganza da muerte súbita á su ofensor, siendo quizá hombre bueno, le condenamos sin misericordia al último suplicio; y á un pícaro que llamándose soldado de la religion ó liberal propagandista rompe puertas, roba casas, fuerza mujeres, mata hombres ¿le hemos de mirar con respeto su negra vida? Miles de comunistas han sido ajusticiados en Francia, no por el delito de conspiracion, sino por las atrocidades sin cuento que cometieron en ella. Los palacios incendiados, los templos saqueados, los obispos asesinados no fueron revolucion simplemente; fueron crímenes de mas de marca; fueron incendio, sacrilegio, homicidio. Estas delicadas acciones no son política, ni el marques de Beccaria está orando *pro Fer-*

ré, *pro Luzt, pro Lolive* y mas facinerosos que en todo tiempo son la vergüenza del género humano. Una revolucion legítima, decente, humana, Monsieur Thiers y el Parlamento la hubieran perdonado; mas esa infernal bolina, esas bacanales á medio dia, esas fiestas de la diosa Razon donde hombres perversos van cantando por las calles con sendas cabezas en sus picas; donde mujeres infames arbolan en el brazo la tea destructora y dan alaridos de furor; estos acontecimientos del infierno que ocurren en los negros dias de las naciones, requieren fuerza de parte del espíritu bienhechor, el genio invisible que salva á los pueblos del abismo adonde corren á sabiendas. La espáda de la ley rompe por el medio, y la razon da fuerza al brazo de la patria. A un pícaro que ha hecho muertes, no en funciones de armas, no en enemigos puestos á la defensiva, sino en el hogar pacífico, en el ciudadano civil, condenadle á pena de la vida, no por el delito de sedicion, mas áun por el asesinato. Si no ha cometido ni este ni otro crímen, castigad en él la sedicion, humana, suavemente. Nuestra doctrina queda en limpio. Si nos ha faltado habilidad para darnos á entender, censuren en nosotros las personas competentes la confusion y el mal escrito; duda en nuestro ánimo respecto de materias como esta, y contradiccion maliciosa, no han de hallar. Puede uno ser menguado escritor: sea él hombre de bien, sincero consigo mismo y los demas, y no se muera de que le echen la casa encima.

Los liberales á todo trance van sin duda á poner en cuarentena nuestros principios. Los que son liberales, no por meditacion, no por conviccion, sino por ese flujo de serlo que trae dementados á los jóvenes de ciertas repúblicas argonautas, esos, decimos, no sufren que uno sea liberal conforme con los dictados de la razon y los consejos de la experiencia: lo ha de ser rompiendo por todo género de consideraciones, ó pasa por retrógrado, clerical y confesador, áun cuando no se confiese. Por repúblicas argonautas entendemos esas que andan viajando por el aire ántes de que Mongolfier hubiese perfeccionado su descubrimiento. Naves sin timon, se van por el espacio, subiendo y bajando segun los vaivenes de la atmósfera, sin saber cuando ni adonde han de llegar. Bueno seria

que nos remontásemos al sol, y semejantes al filósofo que pedia á los dioses le concediesen ver la luz en su orígen, fuésemos llevados al foco de la claridad por camino cierto, conducidos por el genio de la sabiduría; pero si cuando imaginamos estarnos entrando por las puertas del cielo, nos hallamos perdidos en un arenal donde arrecian los vientos, ¿no hubiera sido mejor que permaneciésemos juiciosamente en casa? Un majadero de mucha fama, de esos que emboban á los frívolos y allegan buenos cuartos en el país de las *marionettes* (decid títeres), ha inventado el modo de llegar á la luna; y es un cañon monstruo en el cual entrais de proyectil con vuestra familia y un par de toda especie de animales, y vais á pazar entre los selenitas. El liberalismo sin ojos es el cañon de Julio Verne; los liberales sin caletre son el dichoso proyectil de ese gabacho desvanecido. ¡Y quién dijera que con tan sándias invenciones se hubiese vuelto gran señor ese escritorzuelo!

Si disimulasen la figura, todavía les traeriamos nosotros un caso á los viajeros á la luna ó liberales voladores; y es el viaje de los dos andantes en busca de los palacios encantados de las Melisas y las Circes de los aires. Clavileño es el liberalismo rojo-candente; los liberales candentes son esos buenos aventureros que se ponen á horcajadillas sobre un palo, bendados los ojos, y piensan que están quemándose en las regiones solares, cuando no hay sino que los duques les están haciendo chamuscar las orejas con papeles y trapos encendidos. Abren los ojos los valerosos caballeros, si es que los abren ni el dia del juicio, y ven que su corcel es de madera, y no se han movido del patio del castillo. Qué importa? ellos se dan á entender que vuelan en alas de águila. Pegaso hacia brotar fuentes de agua pura donde heria con el casco; Clavileño no sabe herir el suelo; y si lo hiriera, no brotara de allí sino asafétida. "El partido", "los principios", "la causa", y arrempuje, y meta la cabeza, y échese usted á los infiernos: lo que conviene es ser liberal á todo trance. No ha mucho, por ser conservadores á todo trance, mataron los colombianos treinta mil de sus compatriotas; hoy, por ser liberales á todo trance, acaban de matar veinte mil de sus compatriotas. La separacion de la Iglesia

y el Estado, la libertad absoluta de imprenta y de palabra han producido esta espantosa revolucion. Los obispos gritando en el púlpito: A las armas! han puesto á la vista los inconvenientes de la libertad ilimitada. El general Mosquera dió cuenta al gobierno de la Union Colombiana de esta conspiracion pública en la iglesia; don Manuel Murillo, presidente, contesó: "Los obispos están en su derecho: en Colombia el uso de la palabra no tiene restriccion". Sí la tiene: Los Chancos, Garrapata, Manizales son los términos legales de la libertad inrestricta de palabra. En cuanto á la independencia absoluta de la Iglesia, la establece la ley; mas para impedir sus efectos, los legisladores han tenido á bien dictar otra ley que la destruya; ley de tuicion, inspeccion de cultos, ú otro término ingenioso. He aquí, pues, que los colombianos, cuando pensaban haber dado un tranco sublime con la separacion de la Iglesia y el Estado, se hallan en el mismo sitio con la ley de inspeccion de cultos, que destruye la independencia de la Iglesia. Los gigantes de Homero dan pasos descomunales; y como no tienen vista, se vuelven sin saberlo al mismo puesto. Disputando nosotros una vez con un rojo-candente de Bogotá, le dimos un tapaboca con estas observaciones; y él salió de apuros con decir: "usted no es liberal." Liberal de Homero, no lo somos. Liberal de Dante Alighieri que interroga severamente á los réprobos de los nueve círculos, y sube al paraiso en busca de las almas puras, lo somos.

Bien es verdad que cuando pasamos del infierno candente al infierno helado, estamos por atenernos á las llamas de los rojos. Hay un pueblo en el mundo, una república democrática en la América del sur, donde hemos visto sostener en certámenes solemnes que el sufragio universal es una usurpacion de los demagogos; que la enseñanza laica es un atentado contra la religion; que el Santo Oficio fué tribunal verdaderamente santo, y debe ser restablecido; que la Iglesia tiene derecho de vida y muerte sobre los habitantes de la tierra, y otras impiedades y crímenes hablados que sobrarian para atraer sobre esta nacion el fuego de Sodoma. Por donde podemos ver que la sabiduría no se desenvuelve jamas fuera de la ver-

dad, y que solamente la moderacion es capaz de obras sólidas y provechosas. No será fuera de propósito añadir cuatro palabras respecto de la separacion de la Iglesia y el Estado, reforma que los liberales voladores tienen por necesaria, y áun urgente, en las cinco partes de la tierra, enseñando con el dedo á los Estados Unidos. El principio, será bueno ó malo; no queremos discurrir en él ahora: hacemos notar solamente á nuestros excelentes amigos, que los americanos del Norte fueron pueblo de largo tiempo civilizado antes de su emancipacion de la metrópoli; que el temperamento de la raza anglo-sajona es la paz y el órden; que la tolerancia está en sus leyes y en sus costumbres; que ella es moderada en la ambicion, sueve en la obediencia; que sus luces son muy superiores á las nuestras; que ha tenido entre los fundadores de su independencia hombres como Franklin, Adams, Jéfferson, dechados de buen juicio y altamente autorizados; que los católicos son un puñado de individuos en esa gran nacion donde tienen cabida todas las religiones del mundo. Nosotros, buenas piezas, que si somos obispos queremos ser generales al mismo tiempo, y si somos generales no dejamos de ser obispos, ¿ cuándo diablos nos hemos de convenir en que la Iglesia y el Estado vayan cada cual por su camino? Ni el uno renuncia las campanas, ni la otra quiere aflojar los cañones; pues cañones y campanas vayan juntos como buenos consortes, dándose de codazos y pisándose en los pies adrede á cada paso. Matrimonio es ayuntamiento de varon y de fembra, para vivir siempre en uno é non se departir, dice don Alonso el Sábio en las Siete Partidas; y nosotros añadimos: é para llamar el home vieja á la muier, é la muier bellaco é robador al home; é cuando esten en el lecho volver la espalda el uno al otro, é tirar coces, é llamar al enemigo malo, é facerlo venir á entre ellos. E plañir la fembra, é decir que en mala hora fuera nacida; et irse el masculino á la calle, é non tornar pasados cuatro dias; é la fembra apagar el foego, é romper los platos, é non dar de comer al marido.

Dura lex, sed lex: si esta es la ley, de obedecerla tenemos. El Patronato, amigos, ¿ que decis? No? Esa ley es ley *cismática* para vosotros, eclesiásticos. Cismáticos fue-

ron vuestros padres, cismáticos habeis sido vosotros mismos, puesto que la habeis admitido y observado durante cuarenta años. El Patronato, amigos, ¿qué decis? No? Pues un concordato digno de un pueblo libre é ilustrado. La separacion é independencia absoluta de las dos potestades, civil y eclesiástica, seria, atento el escaso caudal de nuestras luces, atentas nuestras costumbres, fuente de disensiones y disturbios que acabarian por una espantosa revolucion. Quitadle al clero sus rentas habituales, su modo de vivir conocido, y él hallará modo de enriquecerse desmedidamente, legislando, como ha sucedido en Colombia. Si es tan ganso que no acierte con la vena de oro, cae en la miseria, se envilece; y de una clase respetable, habremos hecho una gabilla de mendigos despreciables. Y el confesonario . . . ? y las excomuniones . . . ? Podemos hacer leyes para los pueblos; no nos es dable hacer pueblos para las leyes. Atemperándose al principio del legislador de los atenienses, las naciones mas juiciosas han venido á ser las mas felices.

De la pena de muerte.

II.

César Bonesano, marques de Beccaria, es una de las figuras mas hermosas de nuestros tiempos: inteligencia sublime, corazon puro, vida limpia, no podian los míseros del mundo hallar abogado mas propio ni mejor. El quiere la abolicion de la pena capital; pero no llega á la elocuencia sino por una de sus caras: conmueve, no convence. Los sabios del Areópago discutian á oscuras, porque el orador no acudiese á los arbitrios de la retórica. Para salir bien con ellos se habian menester tres cosas: razon, razon y más razon: gestos y suspiros no hallaban cabida en ese recinto de la austeridad: las lágrimas no son atributo de Minerva. Los areopagitas le hubieran puesto en la puerta al marques de Beccaria coronado de flores, y lo propio hubieran hecho los ingleses, entre los cuales los recursos oratorios estaban prohibidos. La sociedad humana, dicen Becca-

ria y sus prosélitos, no tiene derecho de quitar la vida, porque nadie lo tiene para quitar lo que no puede dar. La sociedad humana no puede tampoco dar libertad, y la quita. Si para suplir el patíbulo han inventado los novadores la penitenciaria ó cárcel reglamentada, para suplir esta invencion ¿ por qué no inventan otra cosa?

Habia en la clase principal de Francia una mujer noble llamada marquesa de Branvilliers. Hermosa era, y de talento, rica ademas y muy bien puesta en la aristocracia de Luis décimo cuarto.

Habia por el mismo tiempo un mancebo noble llamado Sainte–Croix, que acababa de salir de la Bastilla. En esta prision de Estado conoció á Elixi, el famoso envenenador, y le aprendió su arte en grado tal, que llegó á competir con su maestro. El y la Branvilliers se trabaron de amores tan luego como se vieron. Las personas de la familia de esta noble dama principiaron á irse á la eternidad unas tras otras, varones y hembras, viejos y niños, cual si el cólera asiático hubiese invadido todas las casas á ella pertenecientes. Desde el deudo mas remoto hasta sus hermanos, á todos los envenenó la bella marquesita. No teniendo ya sobrinos, tias, abuelas, amasaba en su casa y mandaba el pan á los hospitales : los enfermos que lo comian dando gracias á la buena señora, pasaban luego á mejor vida. Quedaba su padre, un buen anciano temeroso de Dios y adorador de su hija. Amaneció un dia, y el viejo murió por la noche, de veneno. María Rabutin Chantal, marquesa de Sevigné, cuenta en sus cartas que ella vió el cuerpesito de la Branvilliers columpiando en la horca, desnudo, gordo, hermoso : *son petit corps mignon*, dice. Lástima! quitar la vida á la marquesita, tan donosa, tan achispada, tan amable . . . en vez de ponerla en un palacio rodeada de amigos que la cortejen y la cuiden. Qué tal, señores liberales?

En un pueblo de Alsacia, cerca del Rin, vivia no ha mucho una familia cristiana, en cuyo hogar se practicaban las virtudes. Llegó una tarde un muchacho pobre, y pidió pan por trabajo. El padre, la madre de esa familia fueron los suyos; los hijos le miraron como hermano, y vivieron en uno largo tiempo. Miembro era ya

de la familia : para con él, escusada la reserva. Un dia el viejo tuvo que hacer un viaje industrial : abrazó á su esposa, á los niños, y se fué con su hijo adoptivo. Al cabo de dias, vuelve este sólo, trae órden de su padre de llevar á la familia á tal ciudad, á tal casa de parientes donde los está esperando. La buena mujer no pierde tiempo de dar gusto á su marido : carga con los muchachitos, y sale guiada por el compañero de su esposo. La noche es oscura, relampaguea y llueve, los perros ladran siniestramente. El guia los conduce á una cueva, fuera de camino, y los extermina : de un golpe súbito, cae muerto el hermano mayor : cierra á puñaladas con su madre, ahorca á dos niñas y un niño, todo por apoderarse de los escasos bienes de fortuna de sus benefactores. En cuanto al padre, lo habia dejado enterrado debajo de una piedra. Liberales, oh liberales, hagamos jaula de oro para conservar este raro y hermoso pajarillo; mantengámoslo con biscochuelos, vino, albaricoques y chirimoyas. La sociedad humana no tiene derecho de quitar esa preciosa vida; él sí tuvo el de exterminar una familia entera. La nacion mas civilizada del mundo no piensa como vosotros : si no dais asenso á mis palabras, salid por la madrugada en la ciudad de Paris, y vereis por vuestros ojos. La mañana está triste, la niebla de invierno se arrastra por las calles, el ambiente es helador. Entre la Roquette y la Bastilla está alzado el trono de la muerte, negro y terrible : la víctima y el sacerdote se hallan encima. Ese hombre de sombrero de picos es el verdugo; ese que él tiene del pelo mancornado contra la guillotina, es el reo. Cayó la cuchilla; un ruido seco hizo estremecer á los circunstantes : el sacrificio estaba consumado. El verdugo levantó la cabeza del difunto caliente, y sonriendo la hizo ver en alto á los curiosos del patíbulo. La cabeza de Tropmann no protestó contra la iniquidad de la sentencia; y eso que *Monsieur de Paris* no le tapaba la boca.

Lo que podrán hacer legisladores sábios será graduar la pena, graduar la muerte, si decimos. Un homicidio no premeditado, que resulta allí luego de enfurecimiento súbito, de una atroz injuria, un arrebato de celos, una venganza fundada, es, sin duda, delito mucho menor

que las obras de los criminales de profesion, los malvados reinsidentes, los bribones enemigos de Dios y de los hombres. Prision para los primeros, y no perpétua; muerte para los segundos, irremisiblente. Las naciones que cuentan mil años de civilizacion y experiencia no han abolido la pena capital: Francia, Alemania, la Gran Bretaña, todas la tienen consignadas en sus códigos para los grandes crímenes. Los Estados Unidos casi todos la abolieron en sus constituciones particulares: fuera de dos ó tres, todos la han restablecido despues de un doloroso desengaño; y nadie dirá que los Estados del Norte no son liberales. Si carecemos de sabiduría propia, atengámonos á la de los pueblos mas aptos que nosotros. La Ninfa Egeria de Numa era un genio que resultaba del buen juício y la experiencia.

Beccaria nada hubiera podido en el Areópago: se va derecho al corazon, y hiere en él, y las lágrimas saltan en brote sublime. Pero el juez no tiene entrañas: dentro de su cabeza está hirviendo la luz, de su brazo está pendiente la balanza de Astrea. Mal hemos dicho; tiene entrañas, y frescas, y puras, y suaves: quien no tiene derecho de entrar en ellas es esa deidad terrible cuyo rostro viene teñido en sangre. Némesis no halla lugar en el banquete de los dioses, y se anda solitaria y meditabunda entre las sombras de la noche. Terneza, compasion pueden ser avenideras con la justicia: el mínimun de la pena es el amor del juez caritativo. La injusticia le mata, por que le infama.

Beccaria no hiere en la dificultad: echa mano por las pasiones delicadas del corazon, esas que pueden llamarse flaquezas celestiales; y saca sus argumentos no del centro, sino de la circunferencia del asunto. Vedlos aquí.

Una viuda del lugar de Icci, en Italia, habia desaparecido, sin que nadie supiese de ella. El rumor de su muerte se difunde: los magistrados pesquisan el delito. Un hombre que andaba por el campo, así como ve comparecer por ahí los policiales, se oculta en un matorral. Hanle visto los ministriles: dan sobre él, y sin averiguacion ninguna, le arrastran maniatado á la cárcel, donde le ponen grillos. El tribunal le condena á muerte como reo

de homicidio. Dos años despues de este asesinato jurídico, la difunta se presenta sana y buena en el lugar donde su matador habia sido ajusticiado. El tribunal condenó al supuesto homicida sin que constara el homicidio. Annoeus Robert y Pablo Rizzi han proporcionado estos argumentos al marques de Beccaria; pero estos argumentos no son contra el derecho de la sociedad humana para quitar la vida á un delincuente; no hacen ver sino que esos jueces faltaron á su deber, juzgando sin que constase el mal fecho, y condenando sin buscar el cuerpo del delito.

Lapivardiere ha sido asesinado por órden de su mujer en su casa de campo. Dos criadas han visto la ejecucion del crímen, y lo declaran con juramento. Su hija misma le ha oido exclamar: Gran Dios, tened piedad de mí! Otra criada depone en artículo de muerte, al recibir la Eucaristía, que su señora ha hecho y visto matar á su amo. Hay quien ha oido el tiro; hay quien ha visto la ropa teñida en sangre. Los jueces persiguen el crímen con gran actividad, condenan al último suplicio á la matadora. La Pivardiere vuelve á su casa, y se presenta al tribunal como prueba viva de la inocencia de su esposa. El tribunal se llena de indignacion: "Cómo, dice, pretendeis saber mas que los magistrados? os hemos declarado muerto, y teneis la audacia de presentaros aquí vivo? Qué importa que seais el mismo La Pivardiere, si La Pivardiere no existe? Venid acá: no es cierto que os hizo asesinar vuestra mujer? pues cómo pensais que estais aquí, y sano y bueno? Hay pruebas irrefutables de vuestra muerte; retiraos!

El tribunal le declara impostor, y va á condenarle á la horca, en pena de no haber sido realmente asesinado.

Sabeis cuándo hemos de abolir la pena capital? Cuando á fuerza de luces y buenas costumbres, cuando á fuerza de enseñar y practicar las virtudes hayamos conseguido la extirpacion de la traicion, el incendio, el sacrilegio, el homicidio. Para entónces, oh liberales, contad con el voto de este vuestro servidor y amigo. Mas si cayere en vuestras manos el negro que mató al compañero

de Bolívar en Jamaica, por matar á Bolívar mismo; el blanco que mandó asesinar en Berruecos á Antonio José de Sucre; el malvado que dió de puñaladas en Paris á Monseñor Sibour; al monstruo que envenenó al arzobispo de Quito, colgadlos sin consultarnos; colgadlos, cual á otros Zuázolas, y recibid la bendicion de la justicia.

La suerte de los hombres de buena fé en este mundo pecador.

II.

Don Pedro Márcos de la Rosa, el colombiano de po ha, se ha lamentado amargamente de que el Cosmopolita se hubiese pasado á los conservadores. Y lo sabia de buena tinta el gran cachaco; de persona autorizada por las canas. Dios de bondad! á los liberales les dicen que me he vuelto clerical; á los clérigos les dicen que soy enemigo del Gobierno, por que no me dan gusto en ahorcar frailes y colgar monjas. ¿Soy yo por ventura quien he impuesto contribuciones á conventos y monasterios, he desterrado obispos, he traido á la cárcel párrocos y coadjutores? Sí Urbina sabe que le he aconsejado estas cosas, denúncieme á la justicia de Dios y entrégueme al brazo secular. El Regenerador está á la vista: no es radical á lo Félix Pyat, ni conservador á lo Veuillot: es liberal razonable, de conciencia y conviccion; liberal que no deja de serlo cuando le conviene; liberal cuyo liberalismo no consiste en llamar bribon á Bossuet, ni en expresar su sentimiento de que Garibaldi no hubiese podido fusilar al papa en la plaza de S. Pedro; liberal cuyas doctrinas son propaganda de las luces, práctica de la justicia, progreso intelectual y material. Conservador, lo soy tambien: conservador del órden, el patriotismo, las buenas costumbres; conservador del bien, el pundonor, la vergüenza. Vergüenza, divinidad protectora que nos salva de vicios é ignorancia, nos pone la mano en los labios cuando vamos á proferir una impostura, nos cierra el camino cuando intentamos un paso reprensible, y nos mete fuego á las mejillas cuando apesar de ella hemos cai-

do en caso de ménos valer. Caer en caso de ménos valer es incurrir en infamia: importa poco no os aprovecheis de mis lecciones de lengua castellana; cargad la consideracion en mis reflexiones acerca de la moral, y quedaré satisfecho. Soy, pues, incendiario por una parte; comunista que vuela con la tea encendida en la mano. Pongo fuego á la sangre de los jóvenes que no han perdido la combustibilidad de la honra, no la han helado para siempre con los vicios: embarro de luz el pecho de las mujeres buenas, y las hago arder en el santo petróleo de la virtud: escalo la cabeza donde está oscura la inteligencia, y soplo en ella, y la enciendo: sacudo las pasiones, las froto unas con otras, y la chispa de la vida brota y se levanta. Soy incendiario, criminal: estoy en el banco de la Inquisicion: llamas propicias, llamas salvadoras, arded sobre mí, debajo de mi cuerpo, en torno mio: arrancadme de manos del verdugo, robadme de estos hombres malos que á nombre de Dios consuman obras del demonio. El ángel de mi guarda cargará con mis cenizas: no queden ellas en la tierra, no sea que los mansos, los caritativos se las beban revueltas en la sangre de mis hijos.

Soy tambien conservador, estacionario: me parece bien la postura de San Simon Estilita. No me gusta dar un paso fuera de mis deberes ni salir un punto de los límites de la justicia: moderacion, conveniencia pública son órbitas en las cuales debemos girar perpetuamente los hombres modestos en política. Las trancadas desmedidas por el mundo oscuro del error, los vuelcos de los gigantes sin vista, las incursiones de los bárbaros en el imperio de la sana razon, nada de esto es mio. Soy conservador, me estoy en mi lugar, y no progreso admirablemente convirtiendo los colegios en cuarteles, y buscando modo de volver inútiles las rentas asignadas por la ley á las obras procomunales. Adelante, liberales á lo Fernando VII.: yo con mis jóvenes incorruptibles me quedo atras. Nosotros somos conservadores, retrógrados: no se nos entiende un ápice en esto de apagar la luz y echar á los perros el pan de vida.

Impío para los clérigos, clerical para los impíos, por la misma causa. ¿ Es por ventura ser conservador

no cometer pecado ni delito sino con el nombre de Dios en la boca, quererlo todo para nosotros, nada para los demas? Es por ventura ser liberal no proferir nunca una palabra de verdad, no dar un paso teniendo á la vista el procomun? Pues yo no soy ni liberal ni conservador: soy hombre de buena fé, santo inocente que se pierde en un abismo de ilusiones, hijo de la patria boba, majadero que á fuerza de labor útil se ha de comer las manos, á fuerza de sinceridad y franqueza ha de morir en el destierro. En una palabra, como todos son hombres de rectitud y buenas intenciones, yo no puedo sino ser un pícaro de siete zuelas. "Y por qué no lee tambien la contestacion del Regenerador?" le preguntaron á un vicario que habia hecho rodeo de curas para leerles el anónimo del Pietro Aretino de Sud-América. "Porque no conviene", respondió el clériganzo en voz de puerco verriondo. Esta breve contestacion envuelve todo un sistema: ocultacion de la verdad, propagacion de la calumnia, esto es lo que conviene? Puede conveniros á vosotros: á los que sirven á Dios con el amor al prójimo, la caridad oculta, la humildad de corazon, el miedo de la deshonra, el deseo de serville segun el caudal de sus facultades, no les conviene eso, sino rendir homenaje á Jesucristo imitándole en el horror á la mentira y el amor á sus semejantes. Mas no piensen los conservadores á quienes no les convienen la verdad y la justicia que los abomino mas que á *los liberales* que persiguen de muerte la instruccion pública, entregan los colegios á los soldados, cercenan hasta no mas el sueldo de los maestros de escuela, suprimen el de los catedráticos, llaman disparates los proyectos de puentes y caminos, y conceptúan retrógrados, pasados y clericales á los que no quieren ser progresistas á su modo. Si no me reanimara el convencimiento de que soy el mas pícaro de los nacidos, aqui me acabara de morir de pesadumbre. Mas lo que me quiere quitar la vida á despecho de ese cordial, es la consideracion de que hasta ahora nada he podido en este pueblo despues de doce años de brega constante. Buen nombre, eso sí, fuera de mi patria: en el Ecuador, quemado todos los dias por radical de parte de los clérigos, por clerical de parte de los

comunistas. O yo soy loco, ó mis compatriotas son los trogloditas del nuevo mundo. Para no serlo verdaderamente, me voy á un monte, hasta que me sea dado irme en destierro voluntario, y para siempre. Oh amigos, oh enemigos, escribid, entendeos, resplandeced en luces y virtudes; yo estoy ya cansado de ser tonto, aunque vosotros no os cansareis jamas de perseguir al que nunca ha propendido á otra cosa que al bien de la República.

El Ministro Plenipotenciario de Colombia.

Desea el señor Ministro saber por qué hemos hecho hincapié en la palabra *invasion* usada por el general Hurtado. Esto ha sido por que de ella se sirvieron Urbina y sus aláteres para echar por tierra el cargo de la intervencion armada; y por que para el mismo fin el señor Plenipotenciario se sirvió comunicarles la nota que la contiene. Siempre hemos estado lejos de tener al Gobierno de la Union Colombiana por cómplice en las obras de sus oficiales; antes hemos creido que si habia tejemaneje, él estaba en otra parte. El Sor. Ministro ha tomado una hipótesis por una aseveracion, y de esto proviene su queja. En siendo invasion, dijimos, el Gobierno del Ecuador debió haber procedido de este y del otro modo. No pueden las dificultades materiales y la falta de arbitrios de un Gobierno destruir ni modificar los principios eternos de justicia ni las leyes del derecho de gentes. Sentimos que el de Colombia se halle en la imposibilidad, segun su representante en el Ecuador, de frustrar las empresas ilícitas de sus generales; pero esto no quita que le recordemos á Colombia lo que deben todos los pueblos á la civilizacion y la sana política. Los invasores ó auxiliares han declarado que volverán al Ecuador cuando se ofrezca. El Gobierno general está, pues, advertido, y le sobra tiempo para obviar el inconveniente de la distancia. Dijimos en nuestro número nono que el Gobierno general habia confesado oficialmente la invasion; sostener que la habia ordenado, no fué nuestro ánimo. Si el Sor. Ministro se admi-

ra de que nos hubiese hecho falta por un instante *nuestra clara inteligencia*, nosotros apelamos á la suya, mas clara áun que la nuestra. En todo caso, el término está hallado, y todo género de dificultades concluye con *la venida.* El general Hurtado dijo invasion, por falta de otro vocablo: ya sabe que en adelante ha de decir venida. *Eureka!*

Pone en duda el honorable diplomático que don Venancio Rueda hubiese andado importunando al Sor. Carbo y su succesor acerca de que firmasen un convenio de mutua proteccion, sin alcanzar, probablemente, lo grave de semejante contingencia. A Rueda, en el asunto interesado, le toca escribir á esos señores, y con su contestacion, darnos la desmentida.

Polémica se llama la discusion decorosa entre personas razonables: los que van persiguiendo la verdad movidos por la buena fé, guiados por el buen juicio, están en polémica, y de ella pueden sacar deducciones útiles para la moral en globo y para el dilucidamiento del caso especial que tienen entre manos. El que *no quiere entrar en polémica*, no sienta puntos que requieren contestacion; y el que ansía por la luz, no huye de ella, aun cuando aborrezca la disputa.

El árbol de Navidad.

Costumbre es de nuestra raza endulzar la boca despues de la comida con algun bocadillo suave y delicado que destruya lo fuerte y barra lo picante de ciertos alimentos. Miren ustedes que esto de divinizarse uno con una gelatina temblorosa, voluptuosa, como oro viviente, es gusto de los mas saludables de la vida. Se entiende cuando ella es obra de manecitas blancas, aterciopeladas, de uña limpia, las yemas de cuyos dedos parezcan botones de rosa, y se muevan graciosas y livianas, cual si un ángel estuviera haciendo retórica por medio de ellas. Si la gelatina proviene de manos de negra, ya no me gusta: mis cocineras han de ser las heroinas de lord Byron, esas Aideas y Gulnares, de las cuales mujeres á las queridas de Apolo no va diferencia ninguna. Por eso tengo

un pique mortal con los clérigos que me han robado la buena voluntad de las monjas del Cármen Bajo, yéndoles á mentir que he pedido al viejo Urbina les aumente la contribucion, siendo así que yo he pedido lo contrario á ese rancio galan: ¿no es verdad, amigos que me leis? Pues van mis cleriguitos y les dicen que *el monstruo* pide diez mil pesos contra su monasterio; que habla de ellas como del convento de la hermana Caracciolo; que á todas las llama viéjas, y otros embustes y desvergüenzas de mayor cuantía. Yo era uno como Arcipreste de Hita, aunque no me llamo Juan Ruiz: pan redondo, abultado, de convexidad en cuyo seno se apiñan los geniecitos del hambre: pan gracioso, de linda forma, semejante á la mejilla de una muchacha de buena salud. Suspiros sin peso absolutamente, que no son sino palabras de cariño cuajadas en el aire; vientecillo que forma su cuerpo rozando con los jazmines y las azucenas. Délficas en las cuales el jóven Narciso hubiera podido verse la cara. Grajeas de que se harta lleno de alegría ese muchachito que anda desnudo, regalando la vista con la gordura de sus miembros; que juega y amenaza con sus flechas; que dispara de súbito, acierta en el corazon, y huye matándose de risa. Dulce de naranja de color celestial, cuyo amargor delicioso entona el paladar y el espíritu. Biscochuelos como espuma concreta, espuma de oro endulzada con el almívar que Hebe y Ganimedes extraen de las flores del cielo. Y unas fuentes, señores, unas fuentes del manjar cuyo nombre no me es dado poner por escrito, á causa que el vulgo le aprosa la poesía. Si dais con él por las señas, tanto mejor. Tiene encima asaz de tajadas verdes de la fruta americana: la yema del huevo, endurecida, le adorna al rededor: el ají, ardiendo y amenazando, está prendido de trecho en trecho en elegante postura: la cebolla, picada y abierta en forma de blanca rosa, tiene lugar en varios sitios; y la papa, gruesa, redonda, amarilla, como dueña de la fiesta, saca afuera el pecho y desafia que nadie la supere en gordura é incentivos. Si la he dado su nombre á esta hembra harinosa, no ha sido por escritor ordinario, oh vosotros los cultos humanistas que no alcanzais el arte de volver sublimes los objetos comunes: he nombrado la papa, así como el rey de Francia Luis dé-

cimo sexto se adornaba prendiendo en el ojal de su levita una flor de nuestro humilde tubérculo. Digo pues que todas estas gangas me han quitado los clérigos con sus chismes, y que ahora así me regalan las monjas como entrar en la masonería.

Iba yo diciendo que despues de una comida salada y picante, los postres nos refrescan y alivian como redaño bienhechor. Lord Byron, el ingles nombrado poco ha, terminaba su comida con cebolla fuerte ó con queso de Rochefort: queso pólvora, queso incendio, queso que es una batalla en la boca. Estos eran los postres de Childe Harold; dulces acordes con su temperamento. La irritacion de ese pecho, la amargura de esa alma, el embolismo de sombras que revoloteaban en ese espíritu, no podian avenirse con los suaves alimentos de esas como deidades que él creaba para sus poemas. El Tasso, por el contrario, era lo que se llama un goloso: no comia sino dulces, confites, colaciones, frutas: era un niño de España. Nosotros, buenos hijos de esta buena madre, gustamos sobremanera de concluir nuestras comidas con manjares dulces, y de esto no podrian sacarnos los ingleses, si llegaran á ser nuestros conquistadores. Despues de la intervencion armada, los consejos de guerra, la pena de muerte y otras cosas amargas, ¿no convendria un postrecito suave, delicado, que nos entonase el organismo con el aroma y la dulzura? Para esto iba yo á componer "El árbol de Navidad", que de seguro hubiera sido un melocoton dorado puesto gallardamente sobre su asiento de puro almívar. El árbol de Navidad es el símbolo de la inocencia y los placeres de los niños en las ciudades de Francia, Alemania y otras naciones de Europa: con él se resarcen de las lágrimas y los sinsabores de todo el año. El árbol de Navidad es un sueño de doce meses, una esperanza alimentada dia y noche, un triunfo venidero que jamas pierden de vista los niños. Pero qué desgracia, la materia principia, y el número décimo está concluido. Quede, pues, el árbol de Navidad para la noche buena.

IMPRENTA DE MANUEL V. FLOR.